

más.

-¿Venis a pasar la noche conmigo, Miguel?

-No puedo, me van a precisar.

-Entonces tené cuidado, sabés cómo actúan -dijo Milka al alejarse.

Miguel apuró el paso y se fue metiendo en el miedo de sus noches, abrió de un golpe la puerta de la calle y entró rápido, después la trancó con una barra de hierro. Trepó corriendo las escaleras y entró al apartamento, cerró la puerta con llave y empezó a fabricar las antorchas. Juntó los cabos de vela y los prendió con dificultad. Afuera se desarrollaba la noche, tomando forma de hiena, araña o quién sabe qué. En el altílo todo estaba dispuesto, las antorchas esperaban al costado de la cama y un cuchillo reposaba sobre la mesa de luz. Miguel se pasó la mano por la cara y le pareció que su madre le hablaba llevándolo a un rincón de la casa para mostrarle la bicicleta que le dejaron los reyes... "tiene un timbre e inflador", le decía ella al ayudarlo a subirse. Al sentarse y tomar el manubrio Miguel comprobó que la sensación era la misma, un equilibrio riesgoso que lo enfrentaba a ese miedo silencioso que hacía días rodeaba el altílo. Un miedo que tomó una forma irrecognocible; comenzó a crecer y forcejear con la puerta y la hizo saltar en astillas. Los cabos de vela se apagaron con un viento helado y el cuchillo cayó al piso sin hacer ruido. Miguel buscó el encendedor y lo arrimó a la primera antorcha; la piedra giró sin hacer chispa.

EL AGUIERO

Desde que me acuerdo estoy tratando de averiguarlo, de saber por qué sentía alfileres en la nuca cuando hablaba con desconocidos. Me aparté voluntariamente de todo el mundo, llegué a creer que observaba su vida secreta reflejada en sus ojos, y eso me desalentaba completamente. Sólo en algunas ocasiones, trataba de volver a ver a un individuo y siempre lo hacía de lejos, sin que él lo notara. No podía soportar encontrarme dos veces con la misma idea. Pero desde hace un tiempo, tuve que aceptar como irrefutable lo que sospechaba desde chico. Antes, inclusive, de imaginar lo que después me aprisionó hasta el día de hoy; pero que, sin embargo, me obligaba a mirarme seguido en los espejos y ver aquellas imágenes curvadas, deformadas de todo cuanto era cosa común.

También llegó a inducirme la imposibilidad de conocer mi trayectoria individual, desgajada de una vida similar a los demás. Ni siquiera me permitió imaginar un dolor parecido a esos pinchazos infernales que me siguieron siempre: anunciando la mala suerte que fue la única compañera que nunca me dejó. Los pésimos trabajos que conseguía de casualidad fueron anuncios de aquellas cobranzas extrañas; siempre rodeadas por un ejército de alfileres que caminaban por mi cabeza y me informaban el día exacto en que

la gente tenía plata para cobrarles sin problemas. Nada más que eso, porque ni siquiera pude conseguir una mujer como le pasó a Fernández.

Empiezo a transpirar cuando me voy acercando a una puerta, y antes que los alfileres se vuelvan insostenibles aparece la cara de circunstancia del dueño de casa.

-Soy del Service, señor -le digo en tono aburrido.

Recién después de pronunciar esta frase los alfileres parecen detenerse. A veces pienso que de alguna manera los patronos se las ingeniaron para estar encima de mí; luego de que el último cobrador los robó, nos miran a todos como si fuéramos ladrones. Conmigo no iban a tener problemas; tuve que soportar la historia de su futuro. A Umpiérrez, el más viejo, que va a morir de un infarto dentro de cinco años, el médico ya le dijo que no fumara de esa manera. Y a Verona, las mujeres le van a sacar toda la plata. Umpiérrez le comprará su parte poco antes de morir. Nada más que ver entre ellos y yo, por suerte los trataba poco. La recaudación se la dejaba a la cajera; pero no me puedo sacar la idea de que la gente me camina por dentro de la cabeza. Desde que entré en la empresa los pinchazos son más fuertes y la cobranza es siempre efectiva. En verano se volvían insostenibles, parece que el calor los pone irritados y se descargan saltando de un lado a otro. A media mañana no doy más de la cabeza, los pies hinchados son una bagatela al lado de esto, y es justo cuando la gente está más dispuesta a pagar, no puedo

largar e irme a casa porque aparece un pinchazo más agudo que no me deja dormir durante la noche. Recién después de entregar la plata me puedo ir, y lo primero que hago al llegar a casa es meterme bajo la ducha; es lo único que los calma un poco.

Aunque también, ahora que lo pienso, no siempre resultaba. El estar maniatado en este sótano húmedo y oscuro me ha hecho confundir muchas cosas. Habla días que me pasaba las horas debajo de la ducha y el dolor seguía igual, con una tenacidad que parecía aflojarme los huesos de la nuca. La vez que debí salir disparando para lo del vecino fue la peor que recuerdo. Ese día estaban más insostenibles que nunca. Me parecía que el circuito entero caminaba rabiosamente, protestando por el último aumento impuesto por Umpiérrez y que los tomó de sorpresa cuando fui a cobrarles. Al rato de estar debajo de la ducha el dolor empezó a aflojar. Sentía los pinchazos correr junto con el agua y pensé que no sería para tanto. El asunto fue cuando comencé a secarme la cabeza. Deslicé la mano con la toalla en forma desprolija, como lo hacía siempre en mi cabeza, y de pronto la mano se me fue hasta la muñeca. Todavía me cuesta recordarlo, pero se me hundió por entre los pelos. El susto y el asombro me hicieron sacarla instintivamente de ese agujero. Respiré hondo para tratar de calmar esa mezcla de miedo y sorpresa y examinar más tranquilo el problema, pero no pude. Meter otra vez la mano en eso era insostenible; así que me envolvía la cabeza en la toalla y me vestí

de apuro para ir hasta el departamento diez, al final del pasillo. Nunca lo había tratado a ese vecino, ni siquiera nos cruzamos alguna vez, sabía que se llamaba Pereda por la chapita en su puerta; pero sería el único al cual podría recurrir. Y era mejor que aprovechara ese momento, las horas calurosas de las tardes veraniegas, antes que el aluvión de oficinistas, empleados de comercio y vendedores disparara esa oportunidad. Cruzé el pasillo de un solo movimiento y me detuve nada más que a tocar el timbre. Me sorprendió la rapidez con que Pereda abrió la puerta, sin dejarme tiempo a inventar una excusa dijo que pasara.

Su departamento no tenía nada raro, un living con tres sillones, una mesa ratona en el centro, un mueble con un viejo televisor blanco y negro en la repisa y tres puertas cerradas que no escondían ningún misterio. Aquella escena me pareció montada específicamente para mí, sin que yo tuviera que agregarle nada.

-Decime, ¿qué sentís? -me preguntó Pereda en medio de su sonrisa.

-Estece... mi cabeza, ¿sabés?, creo que...

Me hizo sentar con un ademán y se puso detrás de mí, me quitó la toalla con un cuidado de experto y luego empezó a sentir cómo sus dedos movían mi cabeza de un lado a otro, mientras sus ojos se clavaban en mi nuca. No sabía qué pensar frente a esa situación extraña, hasta que oí a Pereda murmurar algo que, de a poco, fue volviéndose risa.

-¡Así que es el perro del departamento

cuatro el que deja el pasillo todo cagado! ... ¡mirá que se quejaron las solteronas del dos y nadie sabía quién era!

No podía comprender estos comentarios de Pereda. Este movía con mayor rapidez mi cabeza, parecía que quisiera encontrar un ángulo imposible, una inclinación que me tranquilizara sin dejar de divertirlo.

-Decime, ¿es grave lo mío?, yo venía a pedirte el teléfono para llamar a...

-¡No tengo teléfono! -contestó Pereda, molesto porque puse rígida la cabeza al hablarle.

-No sabés lo que es esto. Es como si miraras por un telescopio, lo único que las cosas pasan muy rápido y hay que enfocarlas enseguida, si no las perdés. -me explicó. Yo no podía entender de qué hablaba. Sin dejar de preocuparme percibí que lo mío, al menos para Pereda, no era grave. Su risa de entredientes despertó mi curiosidad y me tentó a imitarle.

-¡A vos también te gusta la yegua del piso de arriba! -Pereda hizo este comentario y movió bruscamente mi cabeza hacia la izquierda -... mirá que no se puede subir por el pozo de aire. Yo también lo pensé, pero no hay escalera de servicio. ¡Qué carnes tiene esa mina!

Los comentarios del vecino me ponían en ridículo, a esa altura no sabía si era mejor aguantar los pinchazos que el descubrimiento de mix secretos.

-Ché, así que hay un tal Verona, el dueño de donde laburás, que se carga a todas las mi-

nas... ¡ah!, pero una lo va a fundir... Esto es una película hablada, te enterás de todo a medida que lo ves...

Los movimientos bruscos se sucedieron por un momento más sin que yo dejara de pensar cómo cortale el entretenimiento a Pareda. Ahora estoy arrepentido de ello. A lo mejor, si hubiera tenido un poco de paciencia, él me hubiese advertido sobre lo que me pasaría... Pero, sin ningún aviso, clavó mi cabeza en una posición dolorosísima y estubo unos segundos callado y con las dos manos sujetándome por el pelo.

-Te mandás mudar de acá -la frase sonó como una puñalada y fue acompañada de un empujón desdeñoso de mi cabeza.

-Me pedís que te ayude y me salís con estas sorretheadas... andate de acá antes que te rompa el culo a patadas.

Me tomó de los brazos y me levantó violentamente de la silla, abrió la puerta del departamento con una mano y con la otra me empujó hacia afuera; el pasillo estaba caldeado, tuve miedo y entré a mi departamento.

Noté que los objetos habían cambiado, seguían en su lugar pero parecían marchitos. Algo los había desangrado y su forma corriente se iba perdiendo, las aristas y los vértices se desdibujaban... Un inmenso globo empezaba a mostrar su presencia, yo trataba de relacionarlo con el agujero de mi cabeza pero no sabía cómo. Cada vez que creía estar cerca de una clave, el pinchazo de siempre desacomodaba mis relaciones. Escribí una carta pidiendo mi licencia anual y me encerré

sin ir a ningún lado. Me pareció que no debía salir a la calle hasta averiguar si lo que sucedía era verdad o sólo imaginación mía, a causa del ajeteo constante que había en mi cabeza.

Los primeros días no podía mirarme en lo que quedaba del espejo. Apenas comenzaba a recorrer sus límites desdibujados y su superficie turbia cuando el pinchazo ascendía desde la base del cráneo y se estrellaba en mi frente, sin dejar de sacudirme el cuerpo hasta que despegaba los ojos del espejo. Tuve que reunir mucho coraje para decidirme a moverme delante del espejo; de esa forma, si bien el dolor era más intenso, su duración era menor. Pasé días y noches enteros moviéndome a espacios regulares. Me doblaba lo más que podía contra el piso y me levantaba hasta dejar el espejo a la altura del pecho, para luego volver a quedar arrollado; así hasta que después alcanzó con sólo agacharme y enfrentar el espejo bruscamente. Recién en ese momento pude transgredir los umbrales prohibidos durante toda mi vida. Superé la fragmentación de mi historia personal y vi una pantalla convexa en medio de la deformación. El agujero en mi cabeza era como un lente que enfocaba cosas, ciudades y personas en constante movimiento, un torrente caótico al cual yo no sabía poner en orden. Me esforcé un poco, a pesar de comenzar un pinchazo más agudo que el anterior, y pude distinguir un edificio similar al de la empresa. La imagen se había aclarado más y ya distinguía sin dificultad la puesta gris de mi trabajo. Vi a Verona dirigirse al lugar de la cajera, le manoseó las

nalgas y los senos... Era en plena tarde de verano y no había nadie para atender, por otra parte ya me imaginaba esto. Quise cambiar esa escena ridícula por otra más interesante pero el intento era frenado por nuevos dolores desconocidos. Volví a intentarlo en forma brusca y otra vez las imágenes pasaron de manera desordenada, no supe mover mi cabeza con la precisión adecuada como lo había hecho Pereda. La deformación fue mucho peor, llegué a preocuparme por el resto de los vecinos, las paredes se derretían y la luz se cortaba dejándome a oscuras. Comencé a oír pasos apurados y voces que gritaban "hubo un nuevo descontrol, hay que actuar de inmediato", mientras yo veía en la pantalla una humareda que, de a poco, iba mostrándome un ciclo azul claro.

Hasta ese momento no presté atención a los pasos y las voces enloquecidas que cada vez estaban más cerca; ese cielo era tan límpido que no podía dejar de explorarlo y de fijarme en sus nubes transparentes. No me percaté de la capucha negra con que me enfundaron violentamente.

Ahora supongo que no veré más a ninguno de los dos cielos. Todavía no he conocido a mis captores y nadie me dijo por qué estoy en este sótano... quizás esas explicaciones se hallan quedado entre los marcos reforcidos de mi espejo.

UNA NUBE OSCURA

Yo sentía el frío penetrándome los huesos astillados sin que la campera rota pudiera frenarlo, los zapatos gastados pisando las veredas húmedas y transmitiendo pinchazos que me amorataban los pies... ¿Y todo para qué? Si después de haber gastado el último boleto siempre fue igual, las calles se parecían unas a otras como calcos de un mismo original, las paredes apenas mostraban alguna puerta o ventana en diferente lugar; pero siempre cerradas. Desde que me dieron todas aquellas explicaciones incomprensibles y me las hicieron repetir por escrito diciéndome que ya estaba preparado me sentí mareado. Veía todo confuso y deforme, una nube oscura envolvía aquello que miraba y no lo dejaba tocar, porque se deshacía entre los dedos. Apenas emitía un sonido ronco, difícil de oír. Tratando de saber qué era lo que me pasaba, recorrí las casas de mis amigos, pero me di cuenta de que estaban como yo. Me miraban y decían verme pálido, demacrado, con profundas arrugas que me surcaban todo el cuerpo... Nadie se veía realmente bien, entonces decidimos separarnos, buscar para comprender qué nos estaba pasando. Aproveché el último mes de boletos y decidí buscar en los ómnibus, me subía en ellos e inmediatamente el guarda me cortaba un boleto, me acomodaba entre los pasajeros y miraba el